



BRANDON Q. MORRIS

HARD SCIENCE FICTION

ANDROMEDA
EL ENCUENTRO

Un planeta surca el vacío infinito, extremadamente alejado de cualquier estrella que difunda luz y calor. Sin embargo, es un planeta habitado por humanos que pueblan sus extensas cavernas; humanos que trabajan, aman y viven en un reducido mundo subterráneo. Están de viaje, desde tiempos inmemorables, para alcanzar algún día Andrómeda, la galaxia vecina de la Vía Láctea. Es la profecía de sus ancestros, es destino único que los mantiene unidos, su culto y religión.

Pero un día sucede algo que, en el fondo, no podía pasar: el viaje se detiene porque el planeta entra en la órbita de un objeto desconocido, invisible para cualquier telescopio. Los científicos dudan de su existencia, incapaces de explicar por qué el peregrinaje hacia Andrómeda se ha acabado.

Y, entonces, empiezan a llegar los mensajes.

1. Bessie

–¡No te quedes justo debajo de la compuerta, Bessie, que te puede caer encima! –advierte Prita.

Bessie se aparta y se apoya contra la cilíndrica pared interior de la esclusa. Nota cómo una ligera vibración le atraviesa la espalda y se extiende por todo su cuerpo, indicio de que la maciza compuerta exterior ya se está abriendo. Cierra los ojos e intenta crearse una imagen sonora del entorno. Pero, en su pantalla interior, no llega a percibir nada; el casco se lo impide. Los amplificadores, micrófonos y altavoces artificiales le bloquean el acceso al espectro de sonidos.

Se siente sola y aislada del mundo. El suave susurro de voces humanas, el zumbido de maquinaria, el gorgoteo de canalizaciones o el ronroneo de las instalaciones eléctricas... nada de eso hay allí que pueda darle un punto de referencia para su posición actual. La voz de Prita es lo único que atrona en sus oídos. Siente como si estuviera compartiendo la cabeza con ella, de lo cerca que parece estar.

Pero la realidad es muy distinta. Y esa es la que, precisamente, intenta descubrir ahora. Estira un brazo y nota cómo pequeñas partículas de polvo caen sobre la manga de su traje espacial. Parece que sigue cayendo suciedad desde arriba. Eso supondrá mucho trabajo, ya que nada de eso debe llegar al interior. Sobre todo en los espacios en los que hay luz. Se ha traído consigo una aspiradora industrial.

–¿Cuándo se abrió esta esclusa por última vez? –pregunta.

–Un momento... aquí pone que hace doce años –responde Prita.

Doce años; el tiempo que lleva ya trabajando como astrónoma. Y hoy será la primera vez que pueda ver el telescopio.

–Entonces no me extraña que se haya acumulado tanto polvo –dice Bessie.

–¿Sigue cayendo algo?

Bessie sacude el brazo y lo vuelve a estirar. Ahora ya parece haber desaparecido ese ligero cosquilleo.

–No. Ya ha caído todo –afirma Bessie.

–Bien. Me habría sorprendido mucho, ya que el informe meteorológico del exterior no predice movimiento de la atmósfera. Así que no debería entrar nada más. Tienes permiso para salir.

Bessie tantea el camino hasta alcanzar la escalerilla que lleva a la compuerta. No puede ver ni oír nada, pero tiene una imagen bastante exacta de la esclusa en la mente. Con la mano derecha, se sujeta con precisión a la pequeña barandilla y comienza a subir.



Hay doce peldaños hasta alcanzar la superficie. En el cuarto, Bessie se detiene un momento. Acaba de sacar la cabeza por el orificio. Es la primera vez en su vida adulta que ve la superficie de Nova. Se siente decepcionada. No percibe esa sensación magnífica que esperaba sentir. Su mirada recae sobre un par de trozos de roca que parecen los restos de una vajilla rota, fabricada por gigantes. Es sorprendentemente oscuro. La recordaba más iluminada, pero será porque el sentido de la vista de una adolescente es más sensible.

Bessie sacude la cabeza. No ha venido a disfrutar de las vistas, sino para desempeñar un encargo especial. Ya

no pueden mover el telescopio. Tiene que reparar el mecanismo para poder celebrar, como cada año, el Día de Andrómeda. Acaba de subir los peldaños y sale a la superficie.

Doce años es mucho tiempo. Creía recordar que allí arriba había una gravedad menor, aunque eso es imposible. Mira a su alrededor. La zona, a la izquierda de la compuerta, está cubierta por una capa uniforme de polvo. Estos trozos de roca deben proceder de la montaña que se levanta a su lado. Se encuentra en el suelo liso de un valle. El telescopio debe encontrarse sobre la montaña que hay al otro lado. El visor de su casco le señala el camino. Sin esa ayuda, le sería imposible encontrar su objetivo. Al menos, en el suelo no hay sendero que la lleve hacia allí.

–Me pongo en marcha.

–¿Tienes las herramientas? –pregunta Prita.

–No. Me las he dejado.

La mochila con las herramientas sigue en la esclusa. Suerte que Prita la conoce bien. Bessie vuelve a bajar, recoge la mochila y se la cuelga a la espalda.

–¡Venga, ahora sí! –exclama.



–Pero ¿dónde puñetas está la escalera? –pregunta Bessie.

–Según mis datos, deberías tenerla justo delante –le responde Prita.

El indicador en el visor de su casco, al parecer, opina lo mismo. Al menos, la ha guiado hasta ese punto. Sin embargo, lo único que puede ver es una pared muy empinada que semeja la barriga de un gigante.

–¿Podría ser que la montaña se hubiera desplazado?

La leyenda cuenta que en Nova hubo montañas en forma de serpiente que se desplazaban por la superficie del

planeta. Bessie no se cree estos viejos cuentos, pero no se le ocurre otra explicación.

–No, Bessie. Ya sabes que no se mueven desde tiempos inmemoriales.

–Entonces ¿por qué estoy frente a una pared?

–Alguien habrá introducido los datos mal. Busca en ambas direcciones. Deberías encontrar la escalera.

–Pero Prita, ¿estás segura de que esta es la montaña correcta y que encima hay un telescopio?

–Totalmente. Hasta hace un par de días suministraba datos.

Bessie gira primero hacia la izquierda, lo que sería hacia el Sur, y luego hacia la derecha. Hasta donde alcanza su vista, que es a menos de diez metros, la pared se extiende en ambas direcciones. Se agacha y observa el polvo. Justo en el borde de la roca se han acumulado pequeños montículos, como los que se forman al barrer el polvo. Son alargados y en un ángulo de unos 70 grados, por lo que parecen medias flechas que señalan hacia el Sur.

La pared parece decirle que vaya en esa dirección. Bessie la sigue despacio. Al cabo de medio minuto, localiza la escalera.

–La encontré.

–Perfecto. Pues ¿a qué esperas? Ya hemos perdido mucho tiempo.

–Voy a mirar un momento otra cosa.

Bessie se pone de rodillas frente a la escalera. Es de metal y está fijada a la pared, así que parece flotar muy cerca del suelo. El constructor debió contar con la posibilidad de que la pared cambiara su posición. ¿Por qué, si no, no la fijó al suelo? Que la pared se ha movido lo demuestran también las huellas que han dejado las patas flotantes de la escalera. Señalan hacia el Norte y solo las interrumpen sus propias pisadas.

–¿Has encontrado algo? –pregunta Prita.

–Quizás. Luego te lo cuento.

Bessie se sujeta a la barandilla y se sube el primer pedazo, que está a casi un metro de altura. Los siguientes también están bastante altos, lo cual le supone un gran esfuerzo con el traje espacial y la pesada mochila de utilaje. Por lo que enseguida rompe a sudar.

–Menuda forma de resoplar –dice Prita–. ¿Debo preocuparme por tu salud?

–¡Trepas tú por una montaña de 300 metros de altura con el traje espacial puesto!

–¿Tregar? Bueno, si subir por una escalera se llama trepar, vale.

–Una escalera que parece haber sido construida para seres ya extinguidos de tres metros de altura.

–En defensa del constructor te diré que el valle es tan estrecho, que la escalera solo podía tener una base pequeña y llevar muy empinada hacia arriba.

–Al menos reconoces que es empinado –contesta Bessie.

La breve conversación la ha distraído un poco del esfuerzo que está haciendo, porque, de repente, llega al final de la escalera. Delante de ella, hay una plataforma del mismo material que la escalera. En su centro, se eleva una torre con una cúpula a través de la cual asoma el gigantesco tubo del telescopio.

Claro que no se trata de un telescopio cualquiera. Es el Santo Telescopio. Su única función es mostrar a todos el motivo por el cual existen.

Andrómeda.

Bessie observa casi con veneración el edificio y el telescopio que asoma de él. Fue construido mucho antes de que ella naciera, hace miles de años, y aun así sigue aportando imágenes claras, porque cada generación lo ha mantenido y mejorado. Ahora le toca a ella repararlo. ¡Menudo honor!

–¿Soñando de nuevo? –bromea Prita.

–Yo... claro que no. Solo visualizaba el trabajo que debo hacer.

–Buena excusa. ¿Cómo es todo ahí fuera? ¿Cómo lo sientes?

Prita tiene 14 años más que ella. Así que hará unos 26 años que salió al exterior por última vez. Debe sentir mucha curiosidad. Seguro que la envidia en silencio.

La mirada de Bessie sigue el contorno de la torre y la eleva más hasta el firmamento. No hay ningún punto de referencia, pero tiene la sensación de estar avanzando en la profundidad del cosmos. En una foto, no tendría esa sensación. Seguramente se debe a que sabe que, encima de ella, está el infinito. Están demasiado alejados de la mayoría de las estrellas para reconocer alguna a simple vista. Por ello, el cielo es casi negro. Y aun así, brilla por sí solo. Es el brillo de todos los mundos, invisibles incluso para sus órganos de visión altamente evolucionados, el que transmite esta sensación.

¿Cómo puede explicar eso a una persona que se encuentra a quinientos metros de profundidad, en una célula de mando excavada en el planeta y rodeada de roca por encima, por debajo, por delante y por detrás?

–¿Sigues ahí, Bessie?

–Sí. Es fantástico. Qué pena que no puedas estar aquí. Veo las estrellas brillar en el firmamento y si sigo la dirección que señala el telescopio, Andrómeda brilla como una joya en la oscuridad.

–Gracias, Bessie. Debe ser maravilloso.

Prita se sorbe los mocos. ¿Estará llorando? Bessie observa el telescopio. La zona del universo hacia la que señala es tan negra como el resto. Cierra los ojos durante 30 segundos y los vuelve a abrir. Ahora reconoce una mancha gris, apenas perceptible. Ni rastro de colores, pero no hace falta que le diga eso a Prita.

–¿Quieres saber algo más?

–El aire, ¿cómo es? –pregunta Prita.

Allí no hay aire, y lo que Bessie respira procede del recipiente incluido dentro de su traje. Pero entiende la pregunta. Se trata de la libertad, del infinito. Bessie controla sus valores biológicos. Desde que ha salido, respira con mayor lentitud. Es como si le hubieran quitado un peso de encima. Y eso que, en el fondo, respirar dentro de un traje es más difícil.

–Me siento muy ligera –dice Bessie–. Como si la atmósfera me diera un empujón extra. Tengo la sensación de que podría llegar al telescopio de un salto.



De hecho, le supone un gran esfuerzo trepar por la estrecha escalerilla de la torre, que acaba en una sala circular de unos ocho metros de diámetro. Bessie deposita la mochila en el suelo. Está sudando y tiene que aumentar la ventilación dentro del traje. Tras esta excursión se pasará media hora en la ducha, le da igual que protesten los guardianes de energía.

El telescopio está tan cubierto de polvo como la esclusa. La atmósfera es tenue, pero parece haber suficiente circulación para que el polvo llegue hasta allí arriba. Lo primero que hace es sacar una toalla de la mochila. Con ella limpia la zona alrededor del mando del telescopio. Está a punto de guardarla de nuevo cuando decide limpiar también el ocular. No lo necesita para su trabajo, pero ¿cuándo tendrá otra oportunidad de echar un vistazo prohibido a través del Santo Telescopio? Quita el protector y limpia con cuidado la zona.

Sacude el trapo y lo guarda en un recipiente especial que será descontaminado después. Para acceder al mando del telescopio necesita una llave especial que ha guardado en un bolsillo del traje. La saca y la inserta en su sitio.

Hasta ahora está saliendo todo tal y como había ensayado. Pero cuando gira la llave 180 grados, tal y como indican las instrucciones, no pasa absolutamente nada.

—¿Prita? Tenemos un problema.

—¿Has olvidado que debes utilizar la llave?

—No. La he insertado y girado, pero no pasa nada de nada.

—Te puedo confirmar que el telescopio sigue muerto. ¿Seguro que has introducido bien la llave?

—Sí, claro.

—Espera, voy a repasar un par de listas de comprobación. Haz exactamente lo que te diga.

—Vale.

—Muy bien, Bessie. Lo conseguiremos. Primero, gira la llave de forma que la muesca en la pestaña señale hacia arriba.

—¿Pestaña? ¿Qué es una pestaña?

—Es lo que pone mi lista de comprobación. ¿Ves alguna muesca en algún sitio, Bessie?

—Pues sí, allí por donde cojo la llave.

—Entonces será eso. Pero te juro que es la primera vez que oigo la palabra pestaña.

Prita acaba de reconocer que no sabe algo. ¡Tiene que señalar ese día en el calendario!

—Lo tengo.

—Ahora saca la llave, vuélvela a meter y gírala.

—Es exactamente lo mismo que hice antes.

—No importa. Pruebas de nuevo, porque es lo que dice la lista esta.

Bessie sigue las instrucciones.

—¡Mierda! ¡Sigue sin pasar nada!

—Ya, aquí tampoco veo nada. Bueno, sigamos. Ahora repites el proceso, pero esta vez empujando desde abajo contra la pestaña.

Bessie gira la llave como le dice.

—No reacciona.

–Ahora, al girar, empuja desde arriba.

–Nada.

–Pues vaya. La lista de comprobación indica que si no funciona, avisemos al servicio técnico.

–¡Pero si el servicio técnico soy yo!

–Lo sé, Bessie. ¿Quieres que vaya a buscar las instrucciones de los diferentes módulos del telescopio? Empezaríamos por el ocular, que es el más accesible.

–Espera un momento. Voy a empezar mejor por el menos común de los sentidos, que es el sentido común. ¿Cómo se alimenta el telescopio de energía?

–Por los cables que hay en la base.

–¿Y por dónde pasan esos cables?

–Ni idea. El pozo más cercano es por el que has salido a la superficie, así que los cables deberían llevar hasta allí.

Bessie se fija en el zócalo sobre el que se apoya el telescopio. Hay un cable, grueso como un dedo, que cuelga del telescopio y se introduce en el zócalo. Saca el kit de reparación de cables y un detector de metales de la mochila. No hace falta aplicar el detector en el zócalo porque seguro que es metálico. Pero el cable debe estar tendido a partir del pie del zócalo hacia algún sitio. Tiene éxito al llegar a la estrecha escalerilla.

Así que baja al piso inferior. Allí ve cómo el cable sale del techo, va hasta la barandilla y se esconde dentro del pasamanos. Muy hábil. Baja la escalera hasta el final. Donde acaba la barandilla, el cable asoma para desaparecer en el suelo. El detector de metales le dice que recorre el suelo hasta la puerta. Sale al exterior.

El cable abandona la torre a un metro de distancia de la puerta. A partir de ahí está tendido por el suelo y fijado cada dos metros con unas simples abrazaderas. No hay nada en la superficie de Nova que pueda dañar un cable, así que no era necesario enterrarlo. Bessie lo sigue a través de la espesa capa de polvo donde va dejando profundas huellas. El electricista no se molestó en llevar el cable

hasta la escalera. Simplemente baja la pendiente en dirección al pozo por el que ha salido.

Sin embargo, la pendiente es cada vez más inclinada. Bessie a duras penas puede mantenerse de pie. No se ha traído ningún equipo de escalada.

–El cable desciende por la pared vertical –dice–. No puedo seguir por aquí. ¿Puedes marcar mi posición?

–Sí, claro –dice Prita.

Bessie vuelve a subir con gran esfuerzo. Resbala, pero logra afianzarse a tiempo. Debería haber regresado antes. Se arrastra un par de metros boca abajo hasta que se puede volver a incorporarse. Sí, ese es el camino por el que ha venido. La lleva directa a la escalera. El descenso resulta sencillo, aunque no le hace mucha gracia, ya que luego tendrá que volver a subirla. «*No te quejes. Los demás te envidian por poder estar aquí*», se recuerda.

Al pie de la escalera, gira hacia la izquierda. El cable debe descender por algún sitio cercano.

–¿Prita? Avísame cuando esté más o menos a la misma altura de mi última posición.

–De acuerdo.

Empieza a caminar. La montaña tiene una superficie lisa, en cierta forma redondeada, que a Bessie le recuerda a una serpiente de piedra. De vez en cuando tiene que saltar sobre rocas que parecen escamas que saltaron de la piel de la serpiente. Menuda tontería. Las serpientes son seres mitológicos que no tienen cabida ya en la realidad.

–Ahora –dice Prita.

Bessie se detiene y mira a su alrededor. Efectivamente, allí está el cable. También va fijado con abrazaderas. Lo sigue unos dos metros más. Y acaba. ¡No puede ser! Bessie se agacha y aparta un poco el polvo. ¡Ahí! El cable aparece de nuevo unos treinta centímetros más al Norte. Y en medio... nada. Los extremos parecen haber sufrido un corte limpio.

–El cable de alimentación está... arrancado –informa Bessie.

Aunque los extremos parecen demasiado limpios para haberse desgarrado. ¿Qué otra explicación hay?

–Por eso no funciona la llave –dice Prita–. ¿Por qué estará cortado?

–¿Cuándo se tendió este cable? Entre ambos extremos hay unos treinta centímetros. Yo diría que la montaña se ha desplazado.

–Eso es imposible. Las montañas no se mueven desde hace eones.

–Pero ¿cuánto lleva este cable aquí?

–Espera. Según los documentos, unos 90 años. Entonces se perforó también ese pozo por el que has salido. El siguiente pozo disponible parece que estaba demasiado lejos.

–Entonces, la montaña se mueve un tercio de centímetro por año.

–Nah, eso no puede ser.

–Es igual, ya lo discutiremos luego con la IdC. Ahora voy a reparar el cable.

La IdC es la Iglesia de las Ciencias. Alguno de sus miembros sabrá algo del movimiento de las montañas. Prita es muy inteligente, pero muy poco flexible. ¿De qué otra forma se habría roto el cable, si no? Bessie saca el kit de reparación de la bolsa de utensilios del traje. Contiene un pelacables, un voltímetro, un pequeño destornillador, un par de conectores de empalme y cable con aislante del tamaño adecuado. Primero comprueba el cable de llegada, donde hay tensión porque, tal como era de esperar, el cable de salida no tiene.

Una reparación sencilla, al menos de forma provisional, aunque tenga que bastar para los próximos 100 años. Con el traje puesto y sus gruesos guantes no tiene que tomar otras precauciones. Con el pelacables desprende el aislamiento y fija un conector en cada extremo con tres empal-

mes cada uno. Mide la longitud necesaria del cable, triplica el valor, por si a la montaña le diera por seguir paseándose. Es algo que habrá que tener en cuenta. Conecta los extremos y reaprieta los tornillos de los empalmes. Por último, envuelve ambos puntos de conexión con cinta aislante.

–Listo –exclama, levantándose con un quejido.

No le resulta fácil acostumbrarse a los movimientos dentro de un traje espacial.

–Gracias, Bessie –dice Prita–. Voy a comprobar si ya tenemos acceso.

Alguien está cantando por ahí abajo. Parece que Prita no está sola en la sala de control.

–Sí, funciona. ¡Genial! Ya puedes volver. Del resto me encargo yo desde aquí.

–Pues lo siento, pero me he olvidado la mochila en el telescopio.

–Ah, no importa.



Se ha olvidado la mochila a propósito. Bessie se acerca al telescopio resoplando. Volver le ha supuesto un verdadero esfuerzo, pero vale la pena si quiere echarle un vistazo al universo. El telescopio no solo es un objeto santo, sino también un instrumento fantástico, optimizado por muchas generaciones.

Recoge el kit de reparación y guarda el detector de metales en su mochila. Entonces utiliza la llave que antes no llegó a funcionar. El tablero de control se activa sin problemas. Tiene el mismo aspecto que el mando virtual que tantas veces ha utilizado. Pero este panel de control tiene la grandísima ventaja de que no está limitado por nada. Mientras que el mando virtual solo permite orientar el telescopio a su destino, a Andrómeda, el tablero físico de

arriba enfoca cualquier objeto que resulte visible, es decir, por encima del horizonte.

–Oye, Bessie. ¿Qué estás haciendo? –pregunta Prita.

–Nada.

Prita no puede impedir que haga lo que pretende. El tablero de control sobrescribe cualquier orden del mando virtual. Y sus instrucciones no quedan registradas en ningún sitio. Nadie lo consideró necesario, ya que normalmente no hay nadie en la superficie, a no ser que haya un examen de madurez. Bessie pasa el telescopio a mando manual. Así encontrará antes su objetivo, que está al otro lado. La cúpula gira en silencio y el impresionante tubo en el que se encuentra el mecanismo de espejos, se mueve con ella. Parece casi como si fuera el tubo el que mueve la cúpula, pero en el fondo se mueven los dos de forma independiente.

Eso debería bastar. Para el telescopio e introduce las coordenadas en el sistema automático. Poco después, el telescopio se detiene. Señala hacia un punto en el firmamento donde, a simple vista, no vería nada. Ojalá sea distinto ahora. Se acerca al ocular, cierra el ojo izquierdo y... en efecto, distingue una mancha gris borrosa. Debe ser la Gran Nube de Magallanes, una galaxia satélite del hogar que abandonaron hace una eternidad. Miles y miles de estrellas giran allí a poca distancia. Debe ser un paraíso, con noches iluminadas por miles de fuegos en el cielo. Nadie puede sentirse allí solo, porque siempre hay una estrella que brilla solo para esa persona.

Así es como se lo imagina Bessie. No se cansa de mirar, aunque el ocular solo muestre una mancha gris.



–¿Bessie?

–Dime.